

El ser humano desde la perspectiva latinoamericana en Leopoldo Zea. Notas introductorias.

The human being from the Latin American perspective in Leopoldo Zea. Introductory notes

Richard Torres¹

Resumen

En el presente ensayo indagaremos acerca de los aspectos principales que constituyen y configuran el nuevo humanismo que propone el pensador mexicano Leopoldo Zea, para desde ahí tratar de esbozar una perspectiva antropológica del ser humano latinoamericano. Cuando hablamos de la esencia de lo latinoamericano, nos referimos a lo ontológico, es decir, al ser del hombre americano, intentando en responder ¿qué somos?, ¿quiénes somos? Para desarrollar el estudio de lo antropológico filosófico latinoamericano, tomaremos como ejes orientadores las posturas filosóficas historicista, fenomenológica y existencialista; en las que se fundamenta Zea para aproximarse a la esencia de lo americano, de tal modo que nos ayuden a contextualizar, narrar, e interpretar lo afirmativo del ser latinoamericano.

Palabras claves: antropología filosófica, ser humano, identidad, latinoamericano.

Abstract

In the present essay we will investigate about the main aspects that constitute and configure the new humanism proposed by the Mexican thinker Leopoldo Zea, and from there try to sketch an anthropological perspective of the Latin American human being. When we speak of the essence of Latin America, we refer to the ontological, that is, to the being of the American man, trying to answer what are we? Who are we? In order to develop the study of Latin American philosophical anthropology, we will take as our guiding axes the historicist, phenomenological and existentialist philosophical positions; on which Zea bases to approach the essence of the American, in such a way that they help us to contextualize, narrate, and interpret the affirmative of the Latin American being.

Keywords: philosophical anthropology, human being, identity, Latin American

Recibido: 05/10/17

Aprobado: 10/12/2017

Presentación

¹ Profesor de filosofía del Instituto Pedagógico de Caracas (IPC/UPEL). Correo electrónico: richatorres@gmail.com

Partiendo del interés de reflexionar en torno a una antropología filosófica de la educación Latinoamericana, desde la concepción asuntiva² del ser humano americano, en el presente ensayo indagaremos acerca de los aspectos principales que constituyen y configuran el nuevo humanismo estudiado por el pensador mexicano Leopoldo Zea.

Siguiendo el programa intelectual que le trazó el filósofo español José Gaos, Zea ha promovido conocimientos y reflexiones acerca del pensamiento antropológico latinoamericano. El texto que puede tomarse como referencia entre sus preocupaciones de historiador de las ideas y filósofo de nuestra circunstancia lo constituye *La filosofía americana como filosofía sin más* aparecido en 1969 como respuesta al libro de Augusto Salazar Bondy, *¿Existe una filosofía de nuestra América?* (1968), donde recupera la veta de que la filosofía en América inició con el problema del hombre, al señalar su originalidad y clarificar que la filosofía es más que ciencia rigurosa e ideología, por ser saber ético, y concluir que su autenticidad consiste en pensar desde nuestra circunstancia, lo cual significa hacer filosofía sin más, cuya función será conscientizar la condición de subordinación y a partir de tal contexto promover los mecanismos para superar dicha situación³.

Entre tantas inquietudes filosóficas que se pueden resaltar de Zea, podemos mencionar aquellas que pueden ser atendidas desde nuestra filosofía latinoamericana:

... el problema de la identidad, ¿quiénes somos los hombres de esta América?; el problema de la dependencia, ¿por qué somos así?; el problema de la libertad, ¿podemos ser de otra manera?, y el problema de la integración, ¿integrados en la dependencia, podemos integrarnos en la libertad?⁴

En principio señalar que para Leopoldo Zea el ejercicio de la filosofía es actividad intelectual comprometida, por ser saber útil, orientador y esclarecedor de la realidad para atender los problemas existentes al ubicarlos dentro de las propias circunstancias con el propósito de buscar soluciones convincentes. En efecto, establece una clara diferenciación entre la problemática que le es propia y el instrumental para operar. En el primer caso la filosofía es verdad histórica circunstancial, y en el segundo es concreción o empleo de la racionalidad porque en occidente, apunta, nació con el principio dual del logos: razón y palabra.

De forma que la concepción filosófica desarrollada por Leopoldo Zea exhibe las múltiples singularidades de todo quehacer filosófico al entender a la filosofía como saber reflexivo y problematizador. Ese rol le es inherente a la filosofía, y él mismo lo reconoce al suscribir: "*La historia de la filosofía es la historia de un aspecto de la cultura... [que nos] muestra la aventura del hombre en este permanente preguntar...*"⁵. En consecuencia ubica a la filosofía como una parte más de la cultura, con la función específica de catalizar las interrogantes e inquietudes genuinas de los seres humanos.

En fin, la filosofía, según Leopoldo Zea es actividad humana por antonomasia, cuya mecánica inicia con la determinación racional de las cuestiones caras al ser humano, de permitir radiografiar la realidad a partir de la búsqueda de problemas esenciales, al ubicarla

² El proyecto asuntivo expresa la toma definitiva de conciencia en torno a nuestras verdaderas situaciones históricas y filosóficas sin negar los acontecimientos del pasado europeo.

³ Cfr. Zea, L, *La filosofía americana como filosofía sin más*. Siglo XXI Editores, México, 1986, p. 160

⁴ Zea, L, *Simón Bolívar. Integración en la libertad*. Edicol. México, 1980, p. 8.

⁵ Zea, L, *La filosofía americana como...*, op. cit, p. 10.

como saber positivo, fundamentada en el rigor gnoseológico, de implicaciones éticas e ideológicas, y siendo la expresión más acabada de las diversas circunstancias de cada sociedad, con la cual abonó la existencia de la filosofía en América Latina, y le otorgó carta de naturalización al aportar nuevos enfoques a los temas tradicionales como el de identidad y del humanismo. Precisamente Zea señala:

La filosofía, obra humana, no podía escapar a este compromiso de lo humano. Todo lo contrario, si hay alguna forma de lo humano que mejor lo expresa es ésta. El filósofo es el hombre más consciente de esta su situación comprometida.⁶

La principal motivación del quehacer filosófico de Leopoldo Zea fue la comprensión del hombre en tanto ser social, lo cual refleja, por una parte, la continuidad de la tradición filosófica mexicana que a principios del siglo XX dosificaron los intelectuales promotores de la universalización de nuestras creaciones y, por otra parte, sus trabajos orientados a la recuperación de la tarea esencial de la filosofía como reflexión en torno al hombre puesto que para él constituye tanto su origen como su fin. Escuchemos de sus propias palabras:

Los más destacados miembros del Ateneo de la Juventud, José Vasconcelos, Antonio Caso, Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña, se enfrentaban al positivismo abriendo, al mismo tiempo, los horizontes de un nuevo humanismo. Un humanismo que partía del hombre concreto, del hombre de una determinada circunstancia, en este caso la mexicana, para elevarse a una nueva forma de universalismo, el que permite la conciencia de la propia humanidad, de saberse hombre entre hombres...⁷

De modo que el programa humanista legado por este grupo de intelectuales le servirá de guía en su filosofar por cuanto focaliza dos aspectos medulares en la reflexión sobre el hombre: sus circunstancias históricas, mismas que lo individualizan, y el reconocimiento de las bases constitutivas de todo ser humano, las cuales le permitieron sustenta la promoción de su universalización. En tal sentido, hagamos un ajustado recorrido por las ideas antropológicas en el legado filosófico latinoamericano del Maestro Zea.

1.- Perspectiva filosófica del hombre latinoamericano

Cuando hablamos de la esencia de lo latinoamericano, nos referimos a lo ontológico, es decir, al ser del hombre americano, intentando responder a: ¿qué somos?, ¿quiénes somos? El mismo Leopoldo Zea cuando se ocupa de la filosofía latinoamericana como conciencia de lo americano deja en claro sus ideas al respecto:

Si algo caracteriza a la filosofía en América es su preocupación por captar la llamada esencia de lo americano, tanto en su expresión histórica y cultural, como su expresión ontológica. (...) Sin embargo, lo importante para comprender mejor

⁶ Zea, L, *La filosofía como compromiso y otros ensayos. Diez ensayos en torno a la función del filósofo en el contexto iberoamericano*, México, Tezontle, 1952, pp.13-14.

⁷ Zea, L, “José Gaos”, en Cuadernos Americanos, Nueva Época, Año XIV, Vol. I, N° 79. México, 2000, p. 21.

la historia de nuestra cultura es este filosofar que ha hecho de la misma el centro de sus preocupaciones. Este filosofar, a diferencia de la llamada filosofía universal, tiene como punto de partida la pregunta por lo concreto, por lo peculiar, por lo original en América. Sus grandes temas los forman preguntas sobre la posibilidad de una cultura americana; preguntas sobre la posibilidad de una filosofía americana; o preguntas sobre la esencia del hombre americano.⁸

Indudablemente a nuestros pensadores les interesa lo concreto (lo circunstancial); aquello que caracteriza a la cultura americana, o sea, lo particular del hombre americano. De ahí que tomando en cuenta que la denominada filosofía universal no se preocupara por la verdadera esencia del pensamiento en América, Zea considera indispensable que para filosofar sobre la esencia y circunstancialidad del hombre latinoamericano; es importante hacerlo con los aportes del historicismo y el existencialismo.

Pues bien si algo caracteriza a la preocupación por lo americano es, precisamente, esta conciencia de la accidentalidad de nuestra cultura y nuestro ser. La pregunta por la peculiaridad de la cultura y el hombre en América tiene como punto de partida esta conciencia de lo accidental, se trata de que la esencia del hombre latinoamericano puede entenderse a partir de sus vivencias históricas y culturales; que de algún modo definen su ser tal como es. Al referirse sobre la peculiaridad del latinoamericano Zea, piensa en aquello que le hace ser un hombre entre hombres; no el hombre por excelencia, sino el hombre concreto, el de carne y hueso que es, y sólo puede ser, el hombre en cualquier lugar del mundo con independencia de su situación o, mejor dicho, a causa de esa misma situación, que es lo peculiar a todos los hombres.

Continuando la reflexión sobre lo particular del hombre en América, Leopoldo Zea cita unas representativas palabras de Octavio Paz contenidas en su magnífico ensayo titulado *El Laberinto de la Soledad*:

Estamos al fin solos. Como todos los hombres. Como ellos vivimos el mundo de la violencia, de la simulación y del ninguneo: el de la soledad cerrada, que si nos defiende nos oprime y que al ocultarnos nos desfigura y mutila. Si no arrancamos esas mascararas, si no abrimos, si, en fin, nos afrontamos, empezamos a vivir y pensar de verdad. Nos aguardan una desnudez y un desamparo. Allí, en la soledad abierta, nos espera también la trascendencia: las manos de otros solitarios. Somos, por primera vez en nuestra historia, contemporáneos de todos los hombres.⁹

Ahora bien, el europeo y el americano, se encuentran por la vía de lo accidental; lo circunstancial que es común a todos los hombres; en donde lo concreto, lejos de hacer imposible la esencia de lo humano lo hace real. Resaltar que el hombre americano ha tomado conciencia de su peculiaridad y accidentalidad histórica. En este orden de ideas, Zea comenta:

Este tipo de conciencia de lo universal, no es otra cosa que conciencia de lo humano. El americano, limitado, marginal, ha captado en estas limitaciones lo que tiene de común con todos los hombres, lo que tiene de universal. Por ello puede decir como

⁸ Zea, L, *La esencia de lo americano*. Buenos Aires: Editorial Pleamar 1971, p. 18.

⁹ Zea, L, *Filosofía americana como...*, *Op. cit*, p. 17.

Alfonso Reyes: “Somos una parte integrante y necesaria en la representación del hombre por el hombre. Quien nos desconoce es un hombre a medias”. ¿Pero ha sido siempre captada esta humanidad en el americano, concretamente en el iberoamericano? Esta es la misión que así misma se ha impuesto la filosofía en esta América. De allí esa su central preocupación por describir y conocer el ser del hombre americano y su cultura.¹⁰

Partiendo de lo anteriormente expuesto, y continuando con el proceso de estudiar lo antropológico filosófico latinoamericano, tomaremos como ejes orientadores las posturas filosóficas historicista, fenomenológica y existencialista; en las que se fundamenta Zea para aproximarse a la esencia de lo americano, de tal modo que nos ayuden a contextualizar, narrar, e interpretar al ser latinoamericano.

En cuanto a la visión historicista que tiene cuando reflexiona sobre la filosofía y el hombre latinoamericano, Zea se sirve de lo dicho por Arturo Ardao:

El historicismo, en su esencia, proclama la originalidad, la individualidad, la irreductibilidad del espíritu en función de las circunstancias de tiempo y de lugar; y refiere a esas mismas circunstancias el proceso de su actividad constituyente. Por esa vía América se descubre a sí misma como objeto filosófico, Se descubre en la realidad concreta de su historia y de su cultura, y aun en su naturaleza física en cuanto sostén, contorno y condición de su espiritualidad.¹¹

Por ese camino epistemológico el hombre americano se descubre a sí mismo como sujeto protagonista de su propia historia. Además se descubre en la realidad concreta de su cultura y de su misma espiritualidad, sin dejar de reconocer al otro. Continúa diciendo Zea que:

La relación existente entre el historicismo contemporáneo y la actual preocupación por la autenticidad de la filosofía americana -sigue diciendo Ardao- explica, por otro lado, que dicha preocupación derive al estudio del pasado filosófico de América (...).¹²

El mencionado autor uruguayo al que hace referencia Leopoldo Zea, considera que la historia de la filosofía en América representa para nosotros, los americanos, un interés fundamental. A pesar que nuestras propuestas filosóficas no sean apreciadas como sistemas originales, deben reconocerse como expresión de nuestro espíritu en su historicidad personalísima; tanto en la abstracción de las ideas y en las circunstancias que han protagonizado su desenvolvimiento, como el sentido propio en la experiencia histórica. Y será a partir de esta experiencia histórica como se podrá pensar y dinamizar la propuesta de una filosofía que cuyo epicentro sea el hombre latinoamericano.

Por otro lado, en sus escritos Zea reconoce que además de los postulados de la filosofía de la historia, también están los fundamentos de las corrientes fenomenológicas y existencialistas que de algún modo sirven de sustento en la elaboración e interpretación de una filosofía humanista latinoamericana, a saber:

¹⁰ Zea, L, *La esencia de lo americano...*, op. cit, p. 19.

¹¹ Zea, L, *Filosofía americana como...*, op. cit, p. 30.

¹² *Ibíd*, p. 28

A la corriente historicista, se sumará la corriente filosófica existencialista. Una corriente que empieza a verse ya con otros ojos que el estar, simplemente, a la moda. Como un instrumental, un método de conocimiento, al servicio de una realidad concreta, determinada. No otra cosa han hecho Heidegger y Sartre en sus respectivas antropologías, las que son el punto de partida para captar un ente que acaba por ser una simple abstracción. Han partido de una experiencia determinada, concreta, del hombre al que interrogan, el hombre occidental, europeo, alemán o francés. El hombre en un determinado mundo o situación.¹³

Desde la perspectiva filosófica latinoamericana, lo antropológico y la situación cotidiana representan las bases del existencialismo, el propio Zea lo hace saber cuando dice: *“Así lo entenderán quienes en Latinoamérica hacen del existencialismo el instrumental descriptivo y cognoscitivo para mostrar lo que pueda ser la entidad del hombre que en ella existe”*¹⁴.

Hablar de una antropología desde la óptica latinoamericana, es hacer posible un tipo de humanismo cuya concreción y realidad se la da su relación con la circunstancia o situación en que ha de vivir, actuar, existir. Ante este señalamiento podríamos preguntarnos ¿qué significa pensar en la esencia de una antropología latinoamericana?, ¿de dónde podríamos partir y cuáles serían las referencias epistemológicas de la misma? El propio Zea expone las siguientes reflexiones:

Y así como Samuel Ramos, partiendo del perspectivismo ortegueano y otras filosofías vitalistas, hace una descripción de un hombre concreto, su mundo y su cultura, del mexicano; así como Ardao partiendo del historicismo muestra al hombre de esta América inmerso en su historia, una historia concreta aunque un tanto diversa de la historia hecha por otros hombres en otras latitudes; así como Uranga parte del existencialismo sartreano para describir lo que llama el ser del mexicano, el venezolano Ernesto Mayz Vallenilla parte de la interpretación filosófica que sobre el hombre ha hecho Martín Heidegger para destacar un matiz que considera propio del hombre de esta América, el de la expectativa.¹⁵

Es innegable que Zea no descarta una interpretación fenomenológica del ser americano en su originalidad a partir de sus realidades y circunstancias históricas. Precisamente, eso que se quiere, aquello que se espera o a lo que se aspira es lo que el filósofo venezolano Mayz Vallenilla llama originalidad. La originalidad como el modo de ser del hombre de esta América, el ser a que aspira, el futuro esperado. Veamos que:

Mediante una interpretación fenomenológica que recuerda a la realizada por Heidegger sobre el hombre como ente al que se puede interrogar sobre el Ser, Mayz Vallenilla ha encontrado que el ente, la entidad propia del hombre en América, es la expectativa, la expectativa de una determinada originalidad, de lo que se considera

¹³ *Ídem.*

¹⁴ *Ibíd.*, p. 29.

¹⁵ *Ibíd.*, p. 30.

como propio. Un ser que se expresa en el presente como "un esencial no-ser-siempre-todavía."¹⁶

Resaltar que al ser se llega por diferentes vías, a través de diversas perspectivas que se hacen expresas en la expectativa, en lo que se espera; no obstante, el hombre americano, como todo hombre, tiene su propia expectativa y perspectiva, es decir, sus propias vivencias que lo hace al mismo tiempo semejante y diferente a otros. Hay que detenerse y observar las situaciones del hombre americano desde las cuales se contempla el ser o desde la cual se llega a él, a la que Mayz Vallenilla llama origen, de donde se deriva el ansia de originalidad, la búsqueda del propio punto de partida para llegar al ser, nosotros diríamos al Hombre, a partir de un modo de ser humano concreto. Aquí es donde radica la esencia y particularidad de una antropología con matices propios latinoamericanos:

Descubrir este origen, la perspectiva propia del hombre americano, sería, en opinión de Mayz Vallenilla, el programa de una filosofía original latinoamericana. Ahora bien, concluye el filósofo venezolano, "señalar la existencia de una experiencia ontológica originaria significa tan sólo esclarecer la presencia del hombre americano en la Historia Universal a través de su encuentro con el Ser."¹⁷

Es pertinente recordar que Leopoldo Zea de manera reiterada le otorga una relevante significación a lo histórico para llegar a situar al hombre latinoamericano en la universalidad de lo que se entiende por humanidad, por supuesto sin negar lo original del ser americano; en donde se reconozca el uno entre otros, hombre entre hombres. La antropología filosófica latinoamericana no rechaza ni tampoco niega lo universal, por el contrario lo valoriza como expresión de lo que hace del hombre y sus obras de este o aquel lugar, de este o aquel tiempo, una expresión concreta de lo humano por excelencia, del hombre sin más. Del Hombre al que es esencial una diversidad de expresiones entre las que necesariamente se encuentran las del hombre de esta América.

En este acercamiento a la esencia de lo americano, hay que destacar a través del testimonio del mismo Zea que la corriente fenomenológica-existencialista y vitalista ha de tomarse en cuenta al momento de interpretar la filosofía del hombre latinoamericano:

Heidegger primero, y después, al término de la segunda guerra, Sartre, harán del hombre el eje de toda posibilidad filosófica, su inútil afán por transformarse en divinidad. Y será precisamente un hispano, José Ortega y Gasset, el que abra para la filosofía latinoamericana las puertas del historicismo. Las puertas de una filosofía que darán al latinoamericano conciencia de los alcances de su filosofar, o pensamiento. La conciencia de una filosofía que, no por empezar en un determinado hombre, un hombre concreto, como todo filosofar, no por ello deja de ser filosofía y los temas tratados temas filosóficos.¹⁸

Por otro lado, ejemplar será, en especial la actitud del maestro José Gaos, quien, desde el mismo momento de su llegada a tierras de América, insistirá en prestar atención sobre la

¹⁶ *Ibid.*, p. 45.

¹⁷ *Ibid.*, p. 48.

¹⁸ *Ibid.*, p. 50.

universalidad de un pensamiento que parecía limitado a su circunstancia, se trataba del pensamiento latinoamericano. Aquellos pensadores que de algún modo se ocuparían de la esencia del ser americano, estaban marcados por las huellas de la fenomenología existencialista; por consiguiente, surgiría en ellos una interesante preocupación, cada vez más intensa, por la búsqueda de la universalidad filosófica a partir de una determinada situación o circunstancia inmersas de lo americano. Tal interés por comprender, describir e interpretar lo relacionado con las ideas filosóficas desde Latinoamérica, se puede apreciar cuando Zea comenta lo siguiente:

Wilhelm Dilthey, Werner Jaeger, Ernest Cassirer, Edmund Husserl, Martin Heidegger, entre otros, serán difundidos, traducidos al español, por América Latina. Para ofrecer mayores justificaciones a la actitud se daba al mismo tiempo el pensamiento de esta parte de América, completando las que le ofreciera el perspectivismo ortegueano. Historicismo, sociología de la cultura, existencialismo, entre otros, permitirán, ya sin complejos, una vuelta a la propia realidad, a la humanidad concreta de los hombres de esta América, para de allí elevarse a la más auténtica universalidad.¹⁹

En esta travesía de dibujar al hombre latinoamericano y colocarlo en el lugar que le corresponde y sin caer en ningún tipo de reduccionismos o de percepciones pesimistas en cuanto a la vivencia del ser latinoamericano; no se puede obviar que el dolor y la soledad, como la alegría y otros sentimientos propios del hombre, eran comunes a todos los hombres, a través de ellos los hombres se encontraban, se reconocían e intentan hacerse comprender. El hombre de la América, a su vez, se ha arrancado la máscara en que ocultaba lo humano por excelencia, la máscara que su sentimiento de ser menos que un hombre le había hecho adoptar. Antes que mexicano, argentino, venezolano o lo que se quiera, era un hombre. Un hombre en situación, en una determinada circunstancia, pero un hombre sin más.

Seguidamente veamos los aspectos y elementos relevantes que en cierta forma, interpretan la esencia del hombre latinoamericano según la filosofía de Leopoldo Zea.

2.- Lo particular del hombre latinoamericano en Leopoldo Zea

A continuación presentamos una notas relevantes sobre este asunto:

▪ Identidad del ser americano

La identidad es una construcción que realizan los sujetos, tomando conciencia de su permanencia (pasado, historia), de su participación activa en lo que quiere ser (presente, inclusión) empeñado en un proyecto de vida que les exige esfuerzo, control y compromiso consigo mismo y con los demás.

Tomando en cuenta que el ser humano representa un despliegue de riqueza y variedad de realidades, no puede existir una idea uniforme de lo que el latinoamericano es, por necesidad ontológica, no puede existir una sola idea de ser humano, porque ser humano es un ser distinto. En realidad, sin historicidad no habría pluralidad de ideas de un ser humano,

¹⁹ *Ibid.*, p. 52.

se trata de una continua reinterpretación cultural latinoamericana de lo que somos; en efecto, una revivencia. De ahí que afinamos el concepto de identidad, en la idea que ésta, es una construcción que se relata, pero que implica tanto la lectura del pasado, como la apertura hacia un proyecto que nos abre una multiplicidad de significaciones dentro de un contexto social y cultural.

Valorando lo que se entiende por identidad del ser latinoamericano, necesitamos conocernos a nosotros mismos, y de ese modo conoceremos también la esencia de otros hombres, lo que de común tenemos con ellos. Descubriendo nuestro ser, habremos descubierto elementos que son de América, que armonizan con lo que otros hombres, en otras partes de América, igualmente empeñados en descubrirse a sí propios están aprendiendo y necesitan. Y el camino a seguir tiene que estar orientado desde lo concreto, volviendo los ojos a lo que nos es más inmediato: a nuestras costumbres y nuestras tradiciones, a nuestras esperanzas y nuestros anhelos, a lo que somos de verdad.

Cuando hablamos de una identidad y filosofía propiamente de lo americano, hay que intentar expresar nuestro espíritu en su historicidad personalísima, en sus ideas y circunstancias que han protagonizado su desenvolvimiento. Esto contribuye a conocer el ser del hombre y la cultura americanas sin dejar de reconocerlos como parte de lo universal. En esta línea Zea nos dice que el latinoamericano se comprende ahora a sí mismo, no como un ente extraño, distinto, peculiar y ajeno a los otros hombres, sino como un hombre entre sus semejantes. Sus esfuerzos, sus luchas, le han llevado a encontrarse con otros hombres que, como él, se esfuerzan por incorporarse a la tarea de construir un futuro, tarea que no puede ser vista ya como exclusiva de un determinado grupo de hombres, pueblos o culturas²⁰. Aquí es donde encuentran eco los discursos y las ideas en torno a un nuevo ser latinoamericano, como expresión de comunidad de intereses en su más alta esencia cultural.

Zea ha estimado que lo típico del pensamiento filosófico, en estas latitudes, no ha consistido en filosofar en abstracto sobre la naturaleza del hombre. Por el contrario, la antropología filosófica latinoamericana se interesa por reflexionar en torno a la identidad del americano, es decir, sobre lo concreto y cotidiano. Nuestro filósofo revela que: “Si algo caracteriza a la preocupación por lo americano es, precisamente, esta conciencia de la accidentalidad de nuestra cultura y nuestro ser.”²¹

Es importante señalar que para Leopoldo Zea, la universalidad del hombre americano, se halla en la aceptación de la diversidad concreta de las pluriformes maneras de ser de los americanos. Esta situación nos lleva a afirmar que el europeo comienza a filosofar buscando el principio universal de las cosas y de los hombres; entre tanto, los pensadores americanos creen ser como todos los hombres -como el hombre universal- porque están interesados por lo concreto y temporal. Lo concreto, la diversidad de lo concreto, manifiesta la esencia de lo humano, su realidad y humanidad concreta que la pretendida universalidad del pensamiento europeo negaba a otros hombres.

No es extraño entonces percibir que la identificación del latinoamericano es un proceso difícil de construir por todo lo que ello implica. Es posible dos caminos para lograr descifrar tal cometido: o imitar al hombre conocido como universal, o en crear y revivir sus propios valores de circunstancia y de accidentalidad. Por ello, no es erróneo deducir que la identidad individual del latinoamericano sea impensable sin la identidad social y política en

²⁰ Cfr. Guerra, V. (2011). *La construcción de la identidad latinoamericana. una aproximación hermenéutica a la visión de Leopoldo Zea*. En Revista Teoría y praxis n° 19, Julio-Diciembre, p. 14

²¹ Zea, L., *La esencia de lo americano*. Buenos Aires: Editorial Pleamar 1971, p. 25.

la cual necesariamente se inserta, como marco referencial necesario. La identidad personal surge en el contexto de la diversidad, desde la cual toma conciencia y se diferencia, sin supresiones. El propio Zea (1971) expone que: Ningún hombre es igual a otro y este ser distinto es precisamente lo que lo hace igual a otro, ya que como él posee su propia e indiscutible personalidad.²²

Sin duda alguna que la identidad del hombre americano, no puede surgir sino de nuestra toma de conciencia de la capacidad permanente para enfrentarnos a nuestros problemas y poder controlarlos, tomando conciencia de que sus dificultades no están solamente afuera, sino más bien dentro de ella misma. En su empeño por conocer su verdadera identidad el hombre americano con sus vivencias históricas termina por tomar conciencia de lo que es, de lo que ha llegado a ser, en una palabra, de su identidad: de lo que es en el transcurso de su tiempo y de su espacio, de lo que ha debido cambiar y de la memoria que en él permanece de lo que ha sido y de lo que ha podido ser.

El valor del filosofar de Zea se halla en concebir a la filosofía como una liberación para poder pensar la identidad de las personas que filosofan y de los pueblos en lo que viven los que hacen filosofía. Zea parte de que "la experiencia de lo humano no puede quedar agotada en las experiencias del hombre europeo. Existen otras experiencias y otros puntos de partida para llegar al hombre. Existen otras formas de captación de lo humano"²³.

La identidad del ser latinoamericano es una búsqueda constante de su misma esencia, sólo de esta manera, América Latina, puede indicar su importancia y su papel ejemplar dentro de un proceso civilizador y progresivo, y, al mismo tiempo, definir su propia historia, su propia cultura con base en los varios fundamentos culturales y raciales heredados.

No hay que obviar lo que Zea se pregunta: ¿Qué hace del hombre un Hombre? y, por ende, ¿del latinoamericano un hombre sin más?, la libertad, pero no la libertad del viejo liberalismo, ni la del positivismo, sino la libertad creadora. Un modo de ser que todos los hombres poseen por el hecho de ser hombres²⁴.

▪ El hombre concreto

El proyecto de la filosofía latinoamericana, desde la experiencia histórica, promueve al hombre concreto que tenga conciencia de sus situaciones sociales, económicas, culturales, políticas; y que tenga como fundamento lo ético resaltando la importancia de la libertad del mismo hombre. Una antropología filosófica latinoamericana con nuevos valores: "*El hombre de nuestro tiempo necesita de una nueva teoría que justifique su vida práctica y le dé sentido*"²⁵. Zea rechaza todo tipo de discriminación y dominación con lo cual promueve una nueva moral sustentada en los valores de reconocimiento a las diferencias, en el diálogo como producto de la igualdad y la solidaridad. De modo que sus planteamientos sustentan la exigencia de una nueva ética humanista. Zea considera que plantearse problemáticas filosóficas desde la perspectiva latinoamericana es preguntarse por la esencia de lo humano, por consiguiente nos lleva a la búsqueda de la esencia de lo americano, dicha apreciación lo lleva a plantearse un nuevo humanismo: "Nuestro filosofar en América empieza así con una polémica sobre la esencia de lo humano y la relación que pudiera tener esta esencia con los

²² *Ibid.*, p. 19.

²³ *Ibid.*, p. 22.

²⁴ Zea, L., *Filosofía americana como filosofía más*, México: Ediciones siglo veintiuno, 1986, p.27.

²⁵ Zea, L., *La Cultura y el hombre de nuestros días*. Caracas: Instituto Pedagógico de Caracas, 1975, 77.

raros habitantes del continente descubierto, conquistado y colonizado. ¿En qué consiste este supuesto humanismo?”²⁶ Este nuevo humanismo se caracteriza por una antropología concreta, una visión del hombre desde la perspectiva latinoamericana en el cual se valoren sus realidades particulares e históricas, de ahí que para Zea pensar en un nuevo humanismo consiste en: “... filosofar para resolver nuestros problemas, los problemas de una determinada circunstancia, la propia de todo hombre.”²⁷

Indudablemente que el mundo de lo humano se ha desarrollado de una forma extraordinaria, pero es preocupante que el hombre contemporáneo -particularmente el americano- no ha intentado plenamente comprender y hacer suyo su ser y sus propias circunstancias. En efecto, se viene requiriendo el auge de un humanismo que permita al hombre contemporáneo comprender a sus semejantes. Precisamente debemos preguntar, ¿de qué humanismo habla nuestro pensador Leopoldo Zea? Al respecto, él mismo expone que:

Un humanismo que haga consciente a cada hombre concreto de su puesto o lugar en la humanidad de que es parte. Un humanismo que ligue al hombre con todas las expresiones de lo humano, en el pasado y en el presente, sin discriminación alguna respecto a las mismas. Sólo a partir de este humanismo podrá crearse esa ética de que tan necesitados estamos en nuestros días. Una ética que nos enseñe la forma cómo debemos comportarnos con todos nuestros semejantes. Una ética a la altura de los grandes progresos que el hombre ha alcanzado en el campo de la técnica. Una ética de acuerdo con las circunstancias que la acción del hombre sobre su mundo ha originado.²⁸

Señalar que este humanismo no podrá ser percibido como un proyecto ajeno a nuestros días, sino como quehacer permanente esencial de ellos. Un quehacer sin el cual todos los progresos que el hombre ha alcanzado hasta nuestros días, corren el peligro de detenerse o desaparecer al culminar en instrumentos de exclusión o negación.

Para Zea el hombre concreto es el hombre latinoamericano y su existencia:

Y será a partir de esta experiencia histórica como podrá iniciarse el sentido de un futuro cuya única responsable tendrá que ser Latinoamérica. A la corriente historicista, como su complemento, se sumará la corriente filosófica existencialista. Una corriente que empieza a verse ya con otros ojos que el estar, simplemente, a la moda. Como un instrumental, un método de conocimiento, al servicio de una realidad concreta, determinada. No otra cosa han hecho Heidegger y Sartre en sus respectivas antropologías, las que son el punto de partida para captar un ente que acaba por ser una simple abstracción. Han partido de una experiencia determinada, concreta, del hombre al que interrogan, el hombre occidental, europeo, alemán o francés. El hombre en un determinado mundo o situación.²⁹

²⁶ Zea, L, *Filosofía americana como...*, op, cit, p.19.

²⁷ *Ibid.*, p. 43.

²⁸ Zea, L, *La Cultura y el hombre...*, op, cit, p. 26.

²⁹ Zea, L, *Filosofía americana como...*, op, cit, p.32.

Es decir, el hombre latinoamericano se caracteriza por que se encuentra inmerso en una situación particular y afronta su mundo existencial desde las realidades y circunstancias que le son propias a él. El mismo Zea lo expresa de la siguiente manera:

Así lo entenderán quienes en Latinoamérica hacen del existencialismo el instrumental descriptivo y cognoscitivo para mostrar lo que pueda ser la entidad del hombre que en ella existe. No un hombre esencial, por supuesto, sino simplemente un hombre concreto. Un hombre cuya concreción y realidad se la da su relación con la circunstancia o situación en que ha de vivir, actuar, existir.³⁰

Si hay un modo de conocer la esencia del hombre latinoamericano es precisamente a partir de sus realidades y contextos históricos, Zea lo toma en cuenta cuando dice que:

La historia de nuestra filosofía, pensamiento o ideas, decíamos, es la historia de una conciencia impulsada al logro de soluciones inmediatas; al logro de aquellas soluciones que la realidad urge al hombre de esta América. Un hombre montado sobre dos mundos: el que deja y, que al dejar, ya no le pertenece; y un nuevo mundo, con su propia historia, pero con una historia que no siente suya, que tampoco le pertenece, en todo caso un mundo en el que la historia se inicia con él mismo.³¹

Zea parte del historicismo para preguntar sobre la existencia de otros caminos que sirvan de medio para construir una cultura y una filosofía latinoamericana en donde el centro de pensamiento sea el mismo hombre. Para Zea, el ser humano es ante todo un ente histórico; su esencia está en el cambio; y la filosofía, como producto humano de reflexión y diálogo, participa igualmente en esta característica esencial de lo humano.

A manera de cierre

Indudablemente Leopoldo Zea percibe la filosofía, como producto humano de reflexión y diálogo, participa en esta característica esencial de lo humano. La filosofía es conciencia de conciencia, al emerger en todos los enfrentamientos problemáticos, cada vez que ve en la filosofía esencialmente una respuesta vital a la problemática existencial, respuesta en busca de solución y no una mera consecuencia de la misma. En pocas palabras, se puede aseverar que la filosofía de Zea es una filosofía comprometida con su realidad, es decir, con su época, con su tiempo y circunstancia concreta. Él mismo plantea que la filosofía es también -como en el pasado- ideología y ética; es la actitud que se toma frente al mundo, el enfrentar los problemas que se nos presenten y, además, la preocupación por intentar darles soluciones; respuestas que no sólo habrán de ser filosóficas.

Referencias bibliográficas

GUERRA, V. *La construcción de la identidad latinoamericana. Una aproximación hermenéutica a la visión de Leopoldo Zea*. En Revista Teoría y praxis n° 19, Julio-Diciembre, 2011. Disponiblen en: <https://doi.org/10.5377/typ.v0i19.3452>

³⁰ *Ibid.*, p. 52.

³¹ *Ibid.*, p. 55.

- ZEA, L. *La filosofía como compromiso y otros ensayos. Diez ensayos en torno a la función del filósofo en el contexto iberoamericano*, México, Tezontle, 1952.
- _____. *La esencia de lo americano*. Buenos Aires: Editorial Pleamar, 1971.
- _____. *La Cultura y el hombre de nuestros días*. Caracas: Instituto Pedagógico de Caracas, 1975.
- _____. *Simón Bolívar. Integración en la libertad*. Edicol. México, 1980
- _____. *Filosofía americana como filosofía sin más*. México: Ediciones siglo veintiuno, 1986.
- _____. *José Gaos*, en Cuadernos Americanos, Nueva Época, Año XIV, Vol. I, N° 79. México, 2000.